

Jornadas de Justicia y Solidaridad y Misión y Cooperación 2020
Construir alternativas para la dignidad y la justicia

Madrid, 21-23 de febrero de 2020

El descredito de la verdad
Reflexiones a propósito de la posverdad

Cristina de la Cruz-Ayuso
Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe
Universidad de Deusto
delacruz@deusto.es

«La verdad es difícil. La verdad es difícil de encontrar. La verdad es difícil de conocer. La verdad es más importante ahora que nunca»¹

«Al lector se le llenaron de pronto los ojos de lágrimas,
y una voz cariñosa le susurró al oído:
-¿Por qué lloras si todo
en ese libro es de mentira?
Y él respondió: -Lo sé,
pero lo que yo siento es de verdad.»²

1. LA VERDAD NO SOLO ES IMPORTANTE. TAMBIÉN ES DIFÍCIL DE ENCONTRAR. O AL MENOS, ASÍ LO PARECE

«Las estadísticas (...), teóricamente, pueden ser correctas pero no es donde están los seres humanos. La gente está asustada. La gente siente que su gobierno los ha abandonado.»³

Con esta categórica afirmación, Newt Gingrich, político estadounidense del ala ultraconservadora del Partido Republicano, zanjaba, en julio 2016, el comentario de Alisyn Camerota, periodista de la CNN, sobre el paulatino y significativo descenso de crímenes en Estados Unidos. Los hechos no importan. Las estadísticas no son relevantes. Lo crucial son nuestras percepciones y nuestras convicciones sobre lo que (nos) ocurre. La vía por la cual conocemos, juzgamos y justificamos los hechos viene determinada por nuestra intuición. Todo

¹ Slogan de la campaña del *New York Times* lanzada en febrero de 2017. Véase el spot en <https://www.youtube.com/watch?v=gYOFdz350GE>

² ANGEL GONZÁLEZ, «La verdad de la mentira», en *Nada Grave*, Visor, Madrid 2008, 41.

³ La transcripción completa de la entrevista radiofónica, realizada el 22 de julio de 2016, puede leerse en <http://edition.cnn.com/TRANSCRIPTS/1607/22/nday.06.html>.

aquello que se escapa del ámbito de nuestras convicciones queda en suspenso. No es cierto. No es verdad.

Esta conocida entrevista es un ejemplo más de los muchos que se referencian para mostrar la manera en la que una de las categorías filosóficas más relevante, la verdad, ha sido seriamente comprometida y cuestionada en la esfera pública en los últimos años. Ese descrédito de la verdad configura y define las claves de una nueva época, la de la posverdad.

Propongo como objetivo de esta reflexión seguir el rastro del concepto de posverdad y ofrecer un breve esbozo sobre sus principales rasgos. La hipótesis de la que se parte es que el sentido que alberga deja entrever una ambiciosa tarea política para hacerse con el monopolio de la(s) verdad(es) en la esfera pública con la finalidad de (re)configurar las bases de su valor político y social.

Como recuerda Foucault⁴, la verdad es un elemento esencial de toda relación de poder y aunque no es posible determinar de manera unívoca como es esa relación verdad-poder, la manera en la que se entretujan ambos en el acto del discurso público es crucial para descubrir qué fuerzas tejen y dan forma a una determinada trama social.

2. BREVE CARTOGRAFÍA SOBRE EL CONCEPTO “POSVERDAD”

El dramaturgo y novelista serbio-estadounidense Steve Tesich utilizó por primera vez el término *post-truth* en su artículo «The Watergate Syndrome. A Government of Lies» publicado en enero de 1992 en *The Nation*. Tesich se refería en él a la decisión consciente de los ciudadanos estadounidenses de vivir en una posverdad⁵. Argumentaba que la sociedad norteamericana, asustada por los escándalos políticos como el Watergate, esperaba que el gobierno le protegiera de verdades desagradables, de las que prefería no saber nada. Posteriormente, en 2004, el término comenzó a circular con asiduidad como tecnicismo a partir del ensayo de Ralph Keyes *The Post-Truth Era. Dishonesty and Deception in Contemporary Life*⁶, donde el autor identifica y analiza el sentido y el alcance de declaraciones ambiguas en la esfera pública que no son exactamente verdad pero que tampoco llegan a ser mentira. Para referirse a ellas, se apoyó en el término *post-truth*.

«Aunque siempre ha habido mentirosos, las mentiras han sido contadas con vacilación, un poco de ansiedad, un poco de culpa, un poco de vergüenza, al menos un poco de timidez. Ahora, gente inteligente como nosotros hemos inventado justificaciones para manipular la verdad y así poder disimular la ausencia de culpa. Yo lo llamo post-verdad. Vivimos en una era posterior a la verdad».⁷

En el mismo año, el periodista americano Eric Alterman llamó la atención sobre el valor político del término *post-truth* en su libro *When Presidents Lie*⁸. En él hace una exégesis sobre

⁴ M. FOUCAULT, *El coraje de la verdad*, FCE, México 2010.

⁵ S. TESICH, «The Watergate Syndrome: A Government of Lies»: *The Nation* (13 de enero de 1992), en línea <https://drive.google.com/file/d/0BvYnDrdYrCLNtdmt0SFZFeGMtZUFsT1NmTGVTQmc1dEpmUC1z/view>

⁶ R. KEYES, *The Post-Truth Era. Dishonesty and Deception in Contemporary Life*, S.Martin Press, New York 2004.

⁷ *Ibid.* 12-13.

⁸ E. ALTERMAN, *When Presidents Lie: A History of Official Deception and Its Consequences*, Viking, New York 2004.

mentiras y/o engaños presidenciales relacionados con asuntos de estado cruciales que supuestamente se utilizan como medida de protección del bien público pero que, sin embargo, han terminado por socavar la confianza pública de la sociedad estadounidense. El libro se concentra principalmente en mostrar las consecuencias políticas de dichas mentiras en la vida real y el bucle que ese discurso político degradante produce. A este descrédito de la política en el contexto estadounidense Alterman lo denominó «post-truth presidency».

Los estudios de caso sobre los que Alterman se apoya para validar sus argumentos en este ensayo son, entre otros, los recelos de Roosevelt para revelar lo que se había acordado en la Conferencia de Yalta; la crisis de los misiles cubanos durante el mandato de Kennedy; el escándalo del asunto Iran-Contra durante la era Reagan; o la teoría de la conspiración de Bush y su recurso al miedo para justificar las restricciones de derechos fundamentales y el inicio de la Guerra, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001. Alterman sostiene que la guerra fría introdujo y consolidó en la esfera pública la idea de que la mentira es un aspecto inherente al arte de gobernar, en contraste con la reflexión jeffersoniana de que el sentido común del pueblo puede y debe ser confiado con la verdad. Todo ello le llevo a definir la posverdad como un arma política de desinformación.

David Roberts ahondaba unos años después en la misma dirección que Alterman al resaltar el carácter político asociado al término *post-truth*. A él se le atribuye precisamente la creación del término políticas de la posverdad («post-truth politics») que, en 2010, incluyó en un artículo publicado en una revista humorística, *Grist*, especializada en cuestiones medioambientales. Con él se refería a los políticos que sistemáticamente negaban el cambio climático y justificaban, por tanto, la no necesidad de acciones políticas para hacerle frente, a pesar de las evidencias científicas que corroboran sus devastadores efectos.

«Vivimos en una política de la posverdad: una cultura política en la que la política (la opinión pública y las narrativas de los medios de comunicación) se han desconectado casi por completo de la política (la sustancia de la legislación). Evidentemente, esto disipa cualquier esperanza de compromiso legislativo razonado. Pero, por otro lado, puede ser visto como liberador».⁹

En el mismo texto, Roberts incluye una interesante referencia al estudio de Achen y Bartels¹⁰ sobre los procesos a través de los cuáles establecemos nuestras preferencias políticas y elegimos votar a un partido u otro: en realidad esas preferencias vienen determinadas, más que por una evaluación racional de los hechos, por nuestra identidad, nuestros valores y nuestra intuición. Posteriormente, acudimos a evidencias para que nos ayuden a justificar esa elección.

Esta breve referencia a los antecedentes del concepto de posverdad podría dar paso a un incontable número de referencias y análisis sobre el mismo a partir de entonces.

En 2016, el neologismo *post-truth* fue elegido por el Oxford English Dictionary como palabra del año¹¹ e incorporado en su nueva edición como un adjetivo «relativo o que denota

⁹ D. ROBERTS, «Post-truth politics» en *Grist* (1 de abril de 2010), en línea <https://grist.org/article/2010-03-30-post-truth-politics/>.

¹⁰ C.H. ACHEN & L.M. BARTELS, «It Feels Like We're Thinking: The Rationalizing Voter and Electoral Democracy», Paper presented at the Annual Meeting of the American Political Science Association, Philadelphia 2006, en línea https://apw.polisci.wisc.edu/archives/achen_bartels_thinking.pdf.

¹¹ R. AMÓN, «Posverdad, palabra del año», en *El País* (17 de noviembre de 2016), en línea https://elpais.com/internacional/2016/11/16/actualidad/1479316268_308549.html.

circunstancias en las cuales la objetividad de los hechos influye en la opinión pública menos que la emoción y la creencia personal.»¹²

La Real Academia de la lengua española atribuye la primera mención documentada del término posverdad escritor Luis Verdú, en su libro *El prisionero de las 21.30*¹³, publicado en 2003. A finales del año 2017, el término posverdad fue registrado en el Diccionario de la lengua española como un sustantivo que designa la «distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales.»¹⁴

De esta manera quedaban jalonados los rasgos de este ambiguo neologismo, finalmente catapultado a partir de algunos fenómenos que causaron la incredulidad e indignación de las elites intelectuales, incapaces de comprender una serie de derrotas electorales que se sucedieron en un espacio de tiempo muy corto. La campaña y definitivo éxito de Donald Trump en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos en 2016, el referéndum sobre el Brexit, en junio de 2016 en el Reino Unido, el plebiscito sobre el acuerdo con las FARC en Colombia en octubre de 2016, o el referéndum constitucional en Italia en diciembre de 2016 son ejemplos paradigmáticos de algunos eventos políticos cuyos resultados descolocaron todos los pronósticos «lógicos» y «esperables», y contribuyeron notablemente a incrementar el uso de la palabra posverdad, durante el año 2016, en un 2.000%, comparado con 2015.¹⁵ De hecho, es muy común encontrar afirmaciones que señalan que el Brexit y el acceso de Trump a la Casa Blanca fueron posibles gracias al fenómeno de la posverdad. Angela Merkel hizo referencia a ella en su comparecencia ante la opinión pública tras la derrota de su partido en 2016: «vivimos tiempos posfactuales. Ello significa que la gente ya no se interesa por los hechos, sino por los sentimientos». Estas declaraciones tuvieron una notable repercusión y la Sociedad de la Lengua Alemana reconoció el término posfactual como palabra del año en 2016.¹⁶

The Economist destacó en octubre de 2016 a Donald Trump como el máximo exponente de la política de la posverdad», definiendo a esta última como una confianza en afirmaciones que se sienten verdaderas» pero que no tienen una base real. Su descaro -afirmaba la editorial- no se castiga sino que se toma como prueba de su voluntad para hacer frente al poder de las élites. Sin embargo, la política de la posverdad parece ser algo más que un invento de elites quejumbrosas que han sido superadas. Apunta, según el diario, a algo más peligroso: la intención de crear una visión falsa del mundo. Y reforzar los prejuicios.¹⁷ En enero de 2018, dos años después, el mismo Alterman declaraba que Trump está finalmente ganando la batalla a la verdad:

¹² OXFORD ENGLISH DICTIONARY, «Post-True», en línea <https://en.oxforddictionaries.com/definition/post-truth>.

¹³ L. VERDÚ, *El prisionero de las 21.30*, Debate, Barcelona 2003.

¹⁴ DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, «Posverdad», en línea <http://dle.rae.es>.

¹⁵ Véase, entre otras, las referencias del dato en algunos medios que se hicieron eco de la noticia: *The Guardian*, en línea <https://www.theguardian.com/books/2016/nov/15/post-truth-named-word-of-the-year-by-oxford-dictionaries> (consulta 17 de mayo de 2018), *The Washinton Post*, en línea https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2016/11/16/post-truth-named-2016-word-of-the-year-by-oxford-dictionaries/?noredirect=on&utm_term=.307adfb0400d

¹⁶ T. Schaarschmidt, «La era de la posverdad»: *Mente y cerebro*, 87 (2017), 22-28.

¹⁷ THE ECONOMIST, «Post-truth politics. Art of the lie», *The Economist* (10 de septiembre de 2016), en línea <https://www.economist.com/node/21706525/all-comments>.

«Lo novedoso de Donald Trump, sin embargo, es que no miente en la búsqueda de una meta política más grande o para ocultar un secreto potencialmente dañino. Sólo le gusta mentir, a menudo sin ninguna razón discernible. (...) su falsedad, aparentemente sin propósito, logra dos metas significativas: En primer lugar, abruma al periodismo tradicional, que no puede seguir el ritmo y ni siquiera desea intentarlo. Segundo, su desvergüenza inspira a otros a revisar y expandir sus mentiras hasta que se conviertan en “verdad”.»¹⁸

La exitosa campaña para que Gran Bretaña abandonara la Unión Europea se centró en la misma estrategia. Pocos días después de la votación, Arron Banks, el mayor donante de Ukip y el principal financiador de la campaña «Leave EU», declaró al diario *The Guardian* que su equipo sabía desde el principio que los hechos no iban a ganar y por ello, optaron por un enfoque «al estilo estadounidense»:

«Los hechos no funcionan, y eso es todo. La campaña de Remain presentaba hechos, hechos, hechos, hechos, hechos. Simplemente no funciona. Tienes que conectar con la gente emocionalmente. Es el éxito de Trump»¹⁹

El interés surgido en torno a la posverdad ha generado una ingente producción que ha ayudado a clarificar el origen y los distintos usos del término, aunque uno de los acuerdos más generalizados y compartidos sobre su significado consista, paradójicamente, en resaltar su carácter ambiguo y confuso.

Es común encontrar afirmaciones que recuerdan que el uso de la mentira como recurso político y la apelación a las emociones como estrategia de manipulación no son fenómenos nuevos, lo cual ha llevado a considerar al concepto de posverdad como un eufemismo utilizado para nombrar a una realidad discursiva, de la cual da cuenta con detalle la Retórica, reconocida como una vieja y habitual táctica no solo en el terreno de la política, sino de la comunicación y el entorno socio-económico.

También son habituales los análisis y referencias a sus vías de producción, circulación y recepción, principalmente a través de los medios de comunicación y las redes sociales. E inevitable parece la mención al descrédito de la política y la crisis de la democracia para justificar su emergencia y permanencia.

3. CONCOMITANCIAS DEL CONCEPTO DE POSVERDAD

El filósofo Harry G. Frankfurt es una referencia habitual (aunque indirecta) en el debate sobre la posverdad. El concepto *bullshit*, acuñado en su ensayo para referirse a la indiferencia por el ser de las cosas y el desinterés por la verdad, es considerado «una suerte de “pre-posverdad”»²⁰, la antesala o preparación de la posverdad.

Con él, trató de describir una tendencia a la degradación del discurso en la vida pública y en la política (también en la cultura académica): una retórica hueca y sensacionalista, a la que en español nos referimos con términos tales como palabrería o charlatanería y cuyo significado remite más que a una voluntad de engaño a una indiferencia hacia la realidad. No se trata de estar de un lado, el de la verdad, o de su contrario, la mentira. No importa si los hechos

¹⁸ E. ALTERMAN, «Trump Is Winning the War on Truth», *The Nation* (11 de enero de 2018), en línea <https://www.thenation.com/article/trump-is-winning-the-war-on-truth/>.

¹⁹ K. VINER, «How technology disrupted the truth», *The Guardian* (12 de julio de 2016), en línea <https://www.theguardian.com/media/2016/jul/12/how-technology-disrupted-the-truth>

²⁰ J. IBÁÑEZ, *op. cit.*, 17.

describen o no correctamente la realidad. Estos se escogen, o se inventan, para satisfacer un propósito. La intención no es ocultar la verdad, sino enturbiar intencionadamente el discurso con verdades a medias, inexactas, vaguedades o imprecisiones, insinuaciones veladas, argumentos esgrimidos de manera altisonante con manifiesta mala fe:

«El charlatán no le interesa mentir (...) Solo utiliza información y argumentos extraídos de diversas fuentes con la finalidad de lograr sus objetivos, los cuales pueden ser divertir, impresionar o apabullar, según la circunstancia y el interlocutor. Por eso, el charlatán está más lejos de la verdad que el mentiroso».²¹

En segundo lugar, también es posible encontrar concomitancias del concepto y el fenómeno de la posverdad en su (también indirecta) intersección con los intereses de la lógica informal acerca de la argumentación. El creciente interés y la preocupación por los usos y abusos del discurso público y por el alcance que tienen determinadas estrategias en la esfera pública para persuadir a la gente a hacer o pensar algo, ha llevado a considerar la posverdad con un tipo de argumentación falaz.²²

La descripción sintética de ambos términos, en cualquier caso, muestra algunos rasgos comunes con el de posverdad. Los tres conceptos designan estrategias discursivas que apelan a las emociones, los sentimientos, las creencias o los deseos del interlocutor con una finalidad persuasiva. Los tres también se utilizan para describir una deliberada «manipulación de la interacción discursiva».²³

Designa, por tanto, la intencionada distorsión de los hechos mediante argucias argumentales que apelan a las emociones y buscan persuadir al agente discursivo e influir en él de una u otra manera. De hecho, algunos de los sinónimos que se utilizan para hacer referencia a la posverdad son «verdad emotiva» o «verdad sentida».

Eva Ilouz analiza el origen en las sociedades contemporáneas de los estándares emocionales, muy ligados a la historia del capitalismo y la modernidad. Utiliza el término *capitalismo emocional* para describir esta cultura en la que «las prácticas y los discursos emocionales y económicos se configuran mutuamente y producen (...) un amplio movimiento en el que el afecto se convierte en un aspecto esencial del comportamiento económico y en el que la vida emocional –sobre todo la de la clase media– sigue la lógica del intercambio y las relaciones económicas.»²⁴

Este *capitalismo emocional* se caracteriza por dos rasgos:

²¹ H. FRANKFURT, *op. cit.*, 44.

²² Por *falaz* se considera el discurso que se pretende hacer valer por una buena argumentación cuando en realidad se trata de una argumentación fallida o fraudulenta. La argumentación falaz representa un abuso de la confianza discursiva, comunicativa y cognitiva. Para entender su alcance y su posible analogía con la posverdad, conviene diferenciar entre dos tipos de falacias, el sofisma y el paralogismo, y la intencionalidad que alberga cada una de ellas. El paralogismo es considerado un error o un fallo involuntario de razonamiento. El sofisma es una argucia deliberadamente engañosa. Aunque la demarcación de las fronteras entre ambos conceptos no es fácil de determinar, la distinción es útil para comprender mejor el alcance del término posverdad y diferenciarlo de una simple y generalista asociación con el estudio de las falacias.

²³ L. VEGA, *La fauna de las falacias*, Trotta, Madrid 2013, 13 y 25.

²⁴ ID., *Intimididades congeladas Las emociones en el capitalismo*, Katz, Buenos Aires 2007, 18.

- por un lado, la disolución de la división convencional entre una esfera pública racional y una esfera privada emocional, que explica la densa presencia de la vida emocional en los discursos y valores de las esferas políticas, sociales y económicas de nuestras sociedades.
- Por otro lado, la tecnología de Internet como un espacio «que presupone y pone en acto un yo emocional público y, de hecho, incluso logra que el yo emocional público preceda a las interacciones privadas y las constituya.»²⁵

La posverdad es un fenómeno que surge en el marco de esa cultura del *capitalismo emocional* que describe Illouz. Quizás lo que haya provocado un interés tan desmedido por ella sea que, en ese contexto, se haya convertido en un recurso poderoso y habitual en la práctica y el discurso políticos.

En cualquier caso, no faltan referencias clásicas que se hayan hecho eco del impacto de las estrategias que hacen uso de las emociones como herramienta de control social para aplacar el sentido crítico y analítico de la gente. Chomsky la incluye entre sus «10 estrategias de manipulación»²⁶. De hecho, son incontables las referencias, desde la *Retórica* de Aristóteles, a través de las cuales se puede seguir el rastro de esta modalidad de *simulacro discursivo* a la que ahora nos referimos con el término posverdad. Como decimos, quizás el rasgo que la distingue de otros términos sea la naturaleza socio-política que se le atribuye pero, efectivamente, a pesar de la insistencia de esta (vieja) idea en los análisis sobre la posverdad, lo crucial en el debate es comprender los cambios operados en la estructura epistémica de nuestra cultura que han provocado que nuestras emociones y creencias no solo cuenten más que los hechos sino que sean las únicas que cuenten.

El alcance de la posverdad en el ámbito político ha sido posible por las condiciones de un contexto emocional muy determinado que ha sido astutamente aprovechado como un hábil recurso en donde «la mentira es un momento más de la verdad y la verdad un momento de la mentira.»²⁷.

4. LA POSVERDAD NO ES UN PROBLEMA CON LA VERDAD

La supremacía del discurso emotivo es uno de los rasgos de la posverdad cuya finalidad, como se ha señalado, es manipular la interacción discursiva, relativizando la veracidad de los hechos y mostrándose indiferente ante ellos.

La relativización de la veracidad hace referencia a una alteración deliberada de los hechos o la interpretación de los mismos y a una invención de otros imaginados para adaptarlos a los objetivos del agente discursivo.

No se trata de una interpretación alternativa de la realidad, ni siquiera una interpretación relativa de los hechos, tampoco una mentira, sino más bien la deliberada falsificación o

²⁵ ID., *Ibid.*, 19.

²⁶ N. CHOMSKY. *Media Control. The spectacular achievements of propaganda*. Penguin Random House, New York 2002³. El autor publicó un extracto de las que consideró las *10 estrategias de Manipulación de los Medios de comunicación*, accesible en línea <http://noam-chomsky.tumblr.com/post/13867896307/noam-chomsky-10-strategies-of-manipulation-by>

²⁷ G. DEBORD. *Sociedad del espectáculo*. Pre-textos, Valencia 2005

deformación de los hechos y la realidad. George Orwell en su novela *Nineteen Eighty-Four*²⁸ se hacía eco de esta estrategia advirtiendo de lo útil que resulta para manipular las opiniones.

Un ejemplo que ilustra a la perfección este rasgo de la posverdad lo encontramos en la utilización del término «hechos alternativos», empleado por primera vez por Kellyanne Conway, consejera del presidente de los Estados Unidos, durante una entrevista en el programa de noticias *Meet the Press*, el 22 de enero de 2017. Con esta expresión trataba de defender la falsa declaración del entonces Secretario de Prensa de la Casa Blanca, Sean Spicer, sobre la asistencia de público a la investidura de Trump como presidente de los Estados Unidos. Conway declaró que Spicer estaba dando «hechos alternativos» cuando en realidad era una falsedad demostrable.

Otro ejemplo ilustrativo se puede encontrar en los argumentos utilizados por los partidarios del Brexit a favor de una salida de la Unión Europea. Estos se apoyaban en dos grandes expectativas: los beneficios de unas políticas de inmigración más restrictivas y la mayor libertad de las empresas del país en los mercados globales, sin la restrictiva burocracia comunitaria. La promesa de que así se superaría la crisis se respaldaron en datos que, solo cuando se ganó el referéndum, se reconocieron como falsos.

Cuando los datos se difunden, aun a sabiendas de que son falsos, se convierten en mentiras. Este es el caso de las llamadas «fake news» y el fenómeno que conlleva: una intoxicación informativa a partir de bulos. Esta estrategia de manipulación en la esfera pública ha sido cuestionada desde el punto de vista ético y considerada inadmisibles, bajo ningún concepto y de ninguna forma, venga de donde venga. Todo ello ha abierto un debate y una línea de análisis sobre el discurso veraz, la organización de las relaciones de poder y lo que las estructuras sociales, políticas y económicas pueden y deben hacer.

Sin embargo, esa relativización e indiferencia hacia los hechos no solo es una acción deliberada de manipulación por parte de algunos agentes políticos, sociales y económicos que la ciudadanía, como agente pasivo, padece. Nos es algo que, si más, nos ocurre.

Considerar la posverdad únicamente como un instrumento estratégico de indiferencia hacia la verdad, hacia el contraste de los hechos, sería caracterizarla de manera parcial. Lo crucial en el análisis sobre la posverdad está – a mi juicio- en reconocer que esa indiferencia hacia la verdad constituye un rasgo de esa cultura propia del capitalismo cognitivo al que se refiere Chomsky cuando afirma que «la gente ya no cree en los hechos».²⁹

«La desilusión con las estructuras institucionales ha conducido a un punto donde la gente ya no cree en los hechos. Si no confías en nadie, por qué tienes que confiar en los hechos. Si nadie hace nada por mí, por qué he de creer en nadie.»³⁰

Pensar la posverdad conlleva afrontar una reflexión inquietante: ¿qué es lo que nos lleva a aceptar o a creernos una u otra explicación? Ese deseo de que algo sea real, de que ocurra, sea cierto o no lo sea, se basa en una auto-confirmación sustentada en mis creencias que operan como único filtro para decidir qué aceptamos por verdad, qué damos por mentira o qué

²⁸ G. ORWELL, *Nineteen Eighty-Four* [1984], Secker and Warburg, London 1949.

²⁹ N. CHOMSKY, «La gente ya no cree en los hechos», *El País* [BABELIA, 10 de marzo de 2018], en línea https://elpais.com/cultura/2018/03/06/babelia/1520352987_936609.html

³⁰ *Ibid.*

decidimos ignorar. No me importa si los hechos son verdad o no. Lo serán solo si *a mí* me reporta algún beneficio. Si no, me dan igual.

El desprecio por los hechos al que remite la palabra posverdad no es únicamente una manifestación de las tensiones de las relaciones entre poder y verdad. Es un síntoma de una enfermedad sistémica de las sociedades contemporáneas; una patología social que se ha pervertido aún más cuando es aprovechada como instrumento político de manipulación o creación de «verdades».

Se suele afirmar que el carácter polisémico del concepto de verdad ha contribuido a la ambigüedad del término posverdad. También el prefijo post-, que se utiliza para señalar un periodo posterior a una acción, un tiempo histórico o una época que sigue al auge de un movimiento artístico y político, ha resultado confuso, ya que acompaña a un sustantivo que no se corresponde con ninguno de las tres situaciones anteriormente mencionadas. Se pone, en cambio al servicio de un concepto, el de verdad, por lo que resulta difícil entender la pretensión que hay detrás de su asociación. A pesar de la ambigüedad, se considera que aquello a lo que, en última instancia, se refiere el termino posverdad es a un uso estratégico de la mentira, que hace irrelevante a la verdad.

Sin embargo, la posverdad no es una mentira. Tampoco es propiamente un problema con la verdad. Es un término ajeno a algunas dimensiones propias de la experiencia de la verdad (lógica, ética, etc.) que, más allá de lo apropiado de su uso y abuso, ha reactualizado un debate sobre cómo llegamos a afirmar de algo que es verdadero, destacando el papel de la esfera cognitivo-afectiva en ese proceso. En este sentido, no aporta un debate nuevo en el ámbito filosófico y remite muchas veces a proyectos de explicación de la verdad cuyas limitaciones han sido ampliamente debatidas y criticadas en el ámbito de la lógica y la filosofía del lenguaje.

No obstante, este no solo es un debate filosófico sino propio de otros ámbitos de conocimiento a quienes también les preocupa el modo en que discernimos entre hechos y opiniones y la manera en que enmarcamos la combinación de estos y la utilizamos para dar sentido a nuestro mundo.³¹ Es un debate que tiene que ver principalmente «con nuevas dinámicas del funcionamiento de la tecno-estructura informacional y política contemporánea.»³² pero que sigue manteniendo entre interrogantes a la verdad.

La posverdad es un término muy cuestionado. Se le ha considerado un eufemismo, utilizado como un recurso para ocultar la realidad. Un neologismo, innecesario y barroco, nada inocente, que se utiliza incluso como recurso retórico de polarización, asociándolo con determinadas posiciones ideológicas.

La posverdad plantea desafíos importantes sobre cómo hacer frente al elemento estructural que hay detrás de lo que describe. Hay quienes ven irreversible el punto en el que estamos: la confianza depositada en el *critical thinking* parece ser un intento (baldío) de volver a un modernismo ingenuo e idealizado. Parece no haber solución (y cura) para la posverdad. Las

³¹ H. PLUCKROSE, «El problema con la verdad y la razón en una sociedad de la posverdad»: *Areo* (8 de diciembre de 2017), en línea <https://medium.com/@Carnaina/el-problema-con-la-verdad-y-la-raz%C3%B3n-en-una-sociedad-de-la-posverdad-b96965536f9a> (consulta 2 de agosto de 2018).

³² F. BRONCANO, «El circo y el círculo de la posverdad»: *Contexto* (7 de febrero de 2018), en línea <http://ctxt.es/es/20180207/Firmas/17699/fernando-broncana-posverdad-medios-politica-empresa-epistemologia.htm> (consulta 17 de julio de 2018).

consencuencias tan negativas que ha tenido reconocer la construcción social de la verdad parece que solo han contribuido a su descredito en la esfera pública.

Sin embargo, no podemos abandonarnos a la suerte de la posverdad. Quizás convenga recordar para ello algunas de las reflexiones de Ellacuria que, sin dedicarse expresamente a desarrollar una teoría de la verdad, nos recuerda su relación con la acción, con la praxis.

La verdad no es lo ya hecho, sino lo que está haciéndose, y lo que está por hacer. La verdad ha de ser trabajada y alcanzada de manera colectiva, comunitaria e intersubjetiva en una praxis concreta. Y esta es una tarea difícil. No basta con buscar la verdad, sino que hay que realizarla teórica y prácticamente. La verdad se hace.

«No es tanto la equivalencia de Vico entre el *verum* y el *factum* sino entre el *verum* y el *faciendum*. La verdad de la realidad no es lo ya hecho; eso es solo una parte de la realidad. Si no nos volvemos a lo que está haciéndose y a lo que está por hacer, se nos escapa la verdad de la realidad. Hay que hacer la verdad.»³³

En este contexto, y ante este desafío, la posverdad, como término y como acción, quizás pueda dejar de tener sentido.

³³ I. ELLACURIA, «La realidad histórica como objeto de la Filosofía»: *Revista de Estudios Centroamericanos* 396-397 (1981), 977-980.